

IMAGEN DE PEDRO ENRIQUEZ UREÑA

Roy Bartholomew

HABLANDO de George Bernard Shaw, Henríquez Ureña dijo que no había acontecimientos extraordinarios en su vida: los acontecimientos extraordinarios eran sus libros. Tampoco en la vida de Henríquez Ureña —tan diferente de la de Shaw, pero como la de éste animada por dos ideales supremos, el de justicia y el de cultura— hubo acontecimientos extraordinarios, excepto sus libros y su personalidad. ¡Ah!, ésta era tan rotunda, noble y superior que excedía la más generosa confianza en el ideal de perfección humana. Sus libros, fruto de una de las experiencias culturales más ricas de la lengua, eran por lo mismo de total sencillez expresiva, y definitivos en su

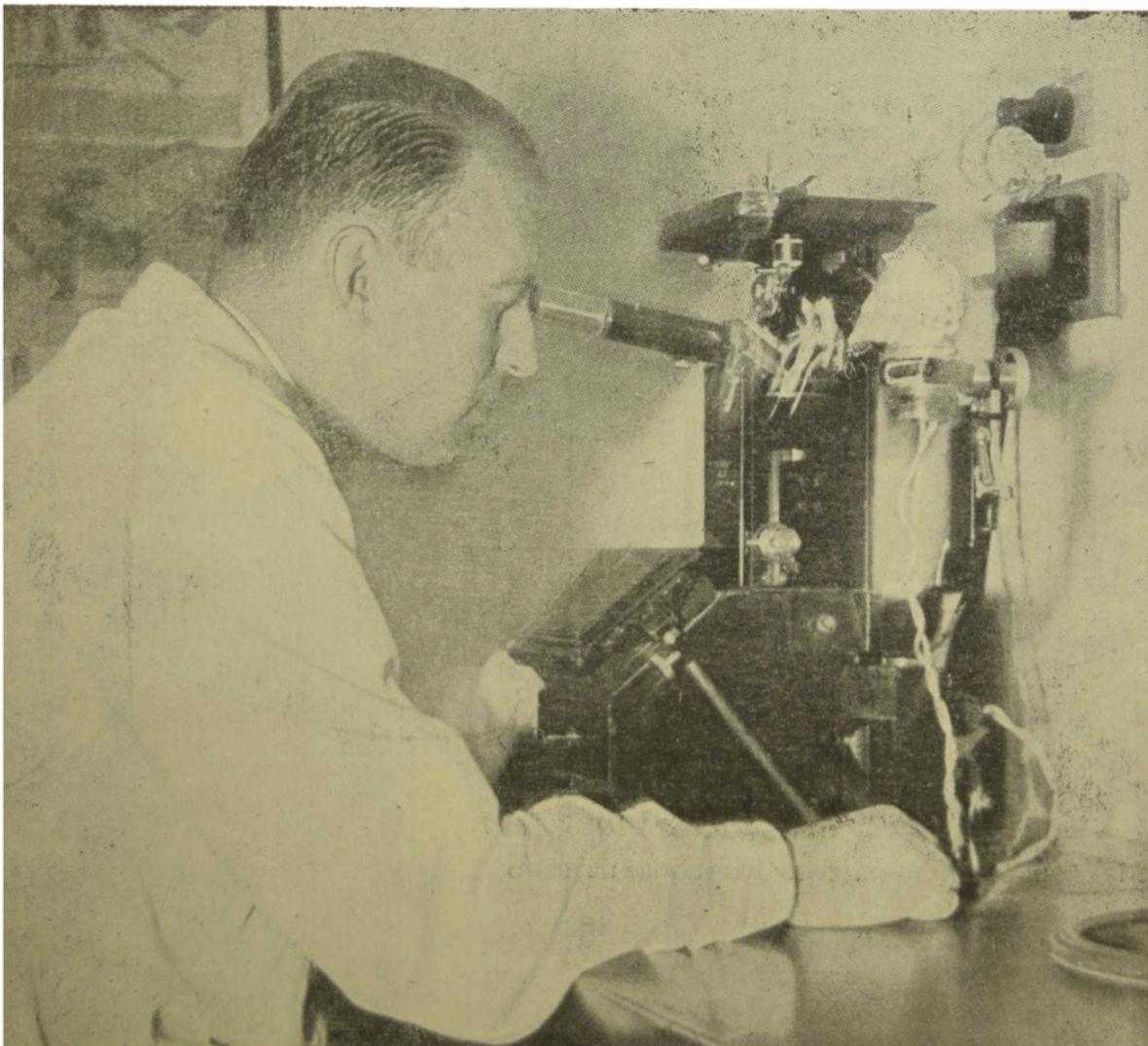
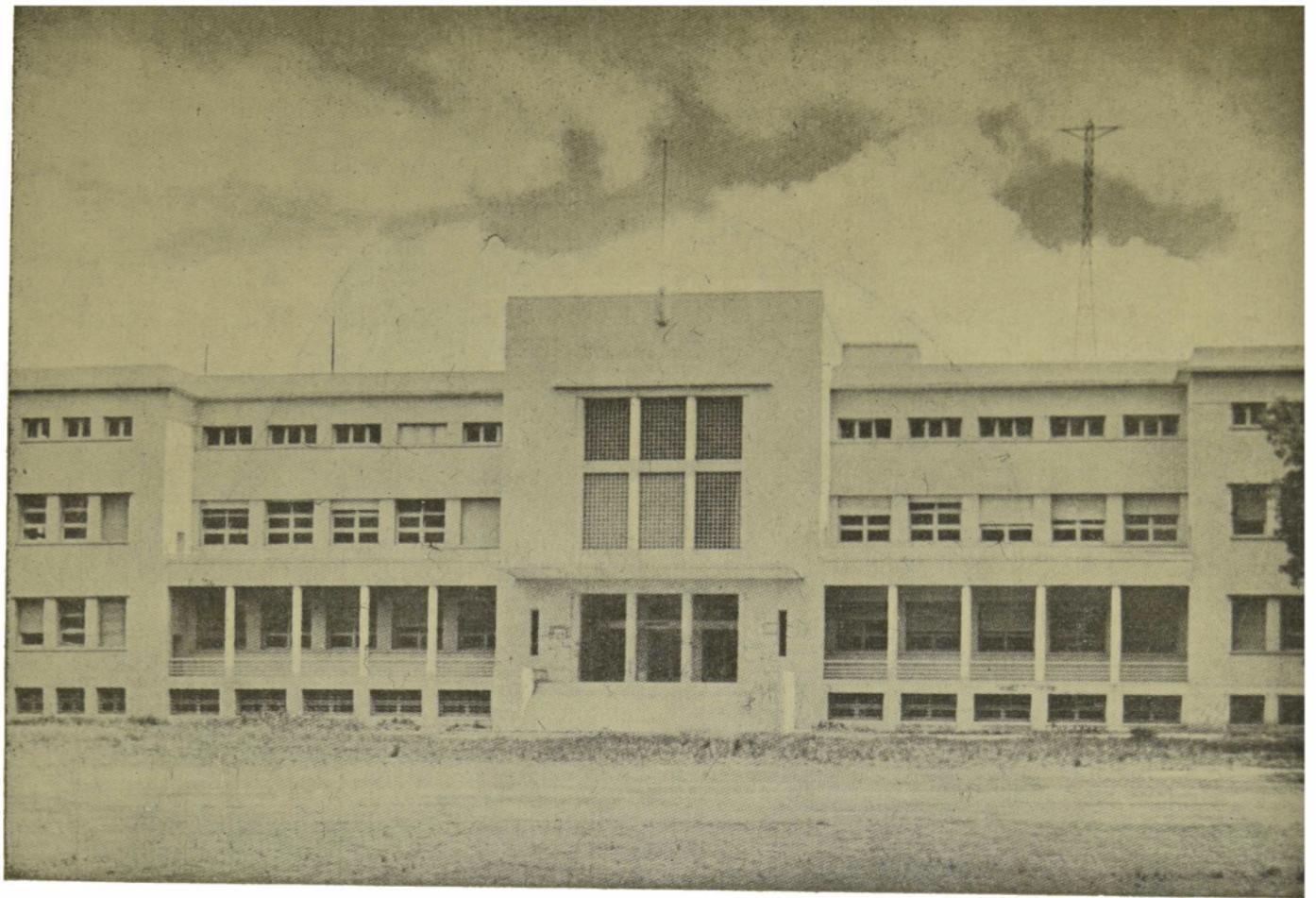
tema. En LAS CORRIENTES LITERARIAS EN LA AMÉRICA HISPÁNICA Henríquez Ureña dejó una de las mejores historias literarias modernas.

Conocí a Henríquez Ureña.¹ Decir esto equivale emocionalmente a decir “conocí a Sarmiento”, “conocí a Martí”, “a Rodó”, “a Andrés Bello”. Esa emoción crecerá con los años, cuando la distancia del tiempo, abrumadora y severa, preste a nuestra noticia el prestigio de lo que viene de la historia, de la vida misma del pasado, en uno de sus protagonistas luminosos. Y si agreggo que más que conocerlo, viví junto a él, durante el último año de su vida, en el aula, en el tren, en la calle, en el subterráneo, en el Instituto de

¹ Pedro Enríquez Ureña nació en Santo Domingo, en 1884. Antes de terminar los estudios secundarios publicó un libro de versos: *Aquí ABAJO* (1898). En la Universidad de Méjico se doctoró en filosofía y letras. En 1917 se trasladó de Méjico a España, visita que renovó al año siguiente; durante esta segunda estancia, prolongada hasta 1920, trabajó activamente en la *Revista de Filología Española*. De regreso en Méjico fundó el “Ateneo de la Juventud”, convertido más tarde en Universidad Popular. A mediados de 1924 vino a la Argentina, ingresando en el Colegio Nacional de La Plata como profesor de castellano, docencia que ejerció magistralmente hasta su muerte, acaecida el 11 de mayo de 1946, en un asiento del tren que lo llevaba de Buenos Aires a La Plata, adonde iba a dictar sus lecciones. . . En nuestra facultad de Humanidades fué suplente de la cátedra de literatura septentrional, cuyo titular era Rafael Alberto Arrieta; y suplente de literatura hispanoamericana en la facultad de Filosofía



Pedro Henriquez Ureña (1884 - 1946)
Maestro del pensamiento hispanoamericano

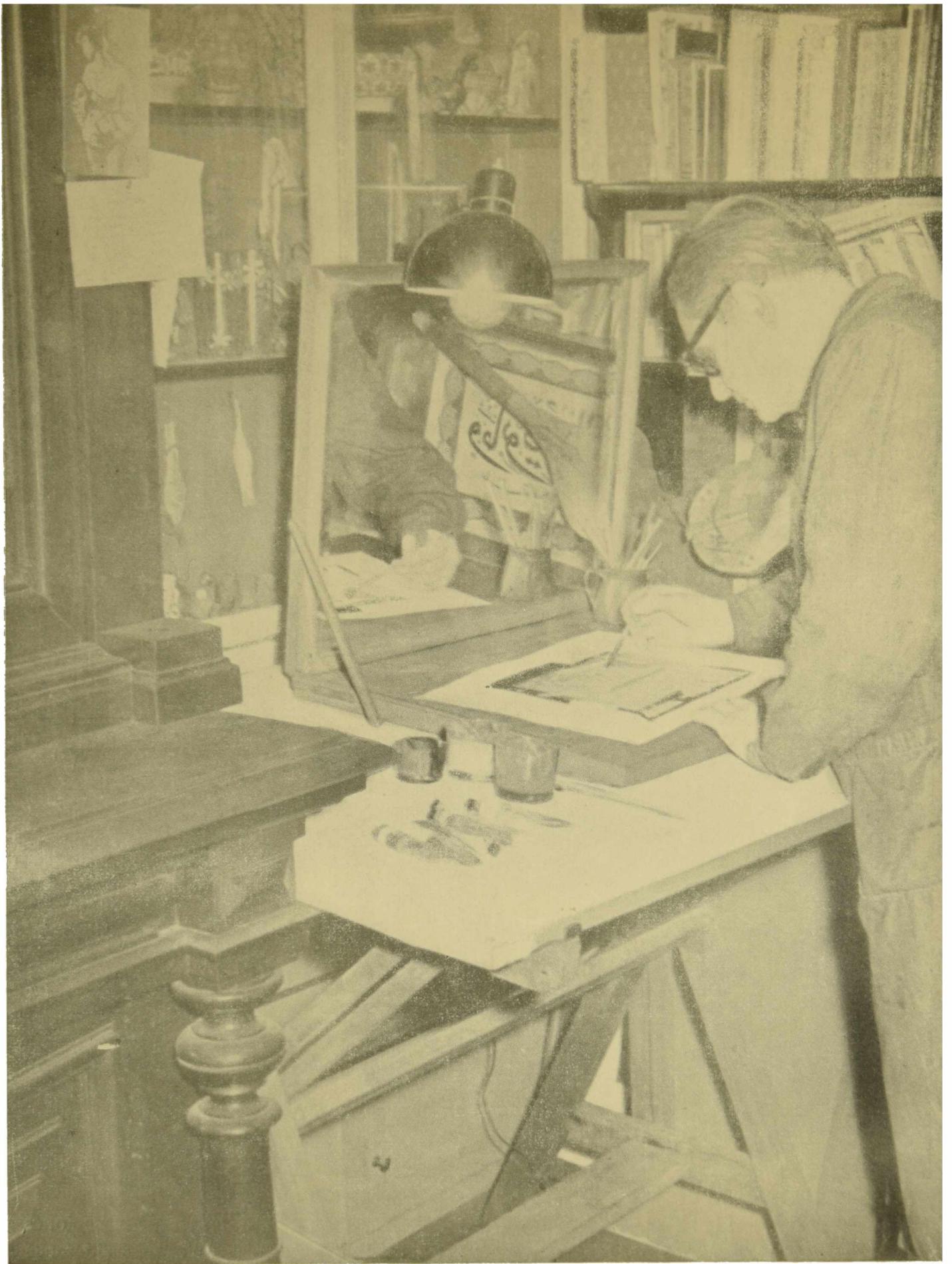


ARRIBA: fachada del edificio donde asienta el DEPARTAMENTO DE MECANICA de la facultad de Ciencias Fisico-matemáticas. En él se dictan, entre otros, los cursos de la carrera de ingeniería metalúrgica, algunas de cuyas materias, como *metalografía*, han sido habilitadas como clases libres para post-graduados y técnicos de la industria. Precisamente, un artículo incluido en este número se refiere a la aplicación práctica de la metalografía en la solución de problemas industriales. AL COSTADO: frente al microscopio metalográfico, en el laboratorio de la cátedra.



Estudiantes de vacaciones

Una nueva y feliz modalidad están tomando las vacaciones estudiantiles bajo los impulsos de la ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ALBERGUES DE LA JUVENTUD. El grabado muestra a integrantes de un grupo juvenil llegando a Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos. (Véase la nota de pág. 181).



Fernando López Anaya en su taller
Profesor del curso superior de grabado en la Escuela de **Bellas Artes**
de la Universidad Nacional de La Plata.

SEMBLANZA

Filología; hasta los domingos, por la mañana, en su casa, fácilmente se comprenderá que alcancé una de las experiencias más hermosas, y sin duda la más profunda, que pudieron darse en la vida cultural de nuestra América. Sólo, ay, que yo tenía quince años.

La vida de Henríquez Ureña no fue ruidosa. Prefirió el silencio, el círculo reducido, el magisterio de viva voz, constante, inflexible, revelador. Cuando llegué a *El Colegio de México*, Alfonso Reyes, tras recibirme, me dijo sin más: "Hábleme de Pedro" (él había muerto tres años antes). Hablé de nuestro maestro (¡también lo había sido de don Alfonso!) durante una hora, o no sé cuánto, en cuyo transcurso ví cómo la emoción asomaba en los ojos de Reyes. Después de lo cual, y volviendo al tema de mi llegada, me dijo don Alfonso: "Aquí en el Colegio estamos en un claustro: nadie nos conoce... ¡Que nadie nos conozca!" Y sonrió. Así, aproximadamente, habría hablado Henríquez Ureña. Pero en él el rechazo de toda publicidad, o notoriedad, era absoluto: no para preservarse de enojosas perturbaciones, sino por modestia absoluta, cabal, casi escandalosa. Enrique Anderson Imbert me dijo que sólo había conocido otro

maestro de igual pureza: nuestro venerable Alejandro Korn. Pero yo no lo conocí a Korn.

Cuando se me pide una imagen de Henríquez Ureña siento de inmediato, y ya lejos de quien me lo dice o escribe, cómo regresan, se acumulan y superponen multitud de expresiones, palabras, gestos, lecciones; y ya sé qué difícil, si no imposible, por ahora, me va a ser ordenar todo ello. Pienso que alguna vez podré hacer todo un libro con mis recuerdos de Henríquez Ureña; pero todavía me cuesta ordenar algunas carillas. La emoción lo perturba todo, y le da tanto calor, que se siente que la imagen puede ser dada de viva voz, dialogando, volviendo y repasando; pero que ponerlo por escrito será caer en la trivialidad o la pobreza. Imágenes sucesivas del maestro pugnan entre sí, venturosamente.

Recuerdo, por ejemplo, que cierta vez, reaccionando yo con infantil confianza ante su afirmación de que todo tiempo pasado fue mejor, le pregunté en qué época hubiese preferido él vivir. Me contestó sin vacilar que en la de Sarmiento, para luchar junto a él. Era en 1945, y la respuesta me conmovió.

Otra vez, en su casa, se había des-

y Letras de Buenos Aires. Magnífico crítico y erudito en letras castellanas, sajonas e italianas, realzó su faena gracias a su refinada sensibilidad de artista y a sus altas calidades de escritor. Entre sus *ENSAYOS CRÍTICOS* (La Habana, 1905) y *LITERARY CURRENTS IN HISPANIC AMERICA* (Cambridge, 1945) —que recoge las conferencias dictadas en la Universidad de Harvard durante el año académico 1940-1941—, transcurren cuarenta años de intensa labor que lo consagran como una de las figuras señeras de nuestra América, de la estirpe de Rodó, Korn, Hostos, Bello, Cuervo, Alfonso Reyes... En 1910, Francisco García Calderón vaticinaba: "Pedro Henríquez Ureña será una de las glorias más ciertas del pensamiento americano". Y la profecía se cumplió. Por eso la noble y cálida personalidad del maestro dominicano permanece indeleble en el recuerdo y la admiración de cuantos fueron sus discípulos. (N. de la D.)

lomado una antología de Lugones. Llegó don Pedro con el ejemplar nuevo y alguien tiró el viejo al cesto de los papeles. No, no, dijo él. Y llevándolo al balcón, lo fué deshojando y arrojándolo. “¿Ves? Lo lleva el viento, lo encuentra un niño, y nace un poeta”.

Por Alfonso Reyes sabemos que en México, en los años agudos de su juventud, cuando lanzaba verdades “de a libra”, se presentó en la casa de un amigo para hacerle entrega de sus pobres ahorros y facilitarle de tal manera su apartada dignidad cívica. Que se presentaba a cualquier hora del día, con torres de libros, feliz de comunicar tal o cual descubrimiento literario. Y que en Madrid, viviendo ambos en la misma casa de huéspedes, acostumbraba don Pedro a no usar zapatos. Y, ante la reconvención, respondió: “¿Qué? ¿Los pies son tabú?” (A Madrid había llegado, nadie sabe cómo, con un viejo sobretodo que había pertenecido a José Martí).

Gestos de rebeldía, constantes muestras de solidaridad, voluntad indeclinada de enseñar, ejemplo permanente de aptitud magistral. Así era Henríquez Ureña. Lo angustioso es saber que no nos es posible tomarlo como paradigma. Nos hallaríamos de inme-

diato rodeados de mediocridades. Su honestidad moral, su firmeza humana y su saber, que tanto facilitaban el conocimiento, multiplicaban la curiosidad y animaban el trabajo, hacían a la vez, y sin que él lo sospechase, mucho más difícil el trato con lo demás. Y no, ciertamente, por que él estuviese falto de generosidad para con el débil. Yo puedo afirmarlo. Jamás he visto un espíritu tan rico que despilfarrase tan incontroladamente su tiempo en favor de los que empezaban.

Su lección de hispanoamericano, que ya hace años goza de resonancia continental, está al alcance de todos. La idea de su persona, en cambio, el trato directo con su espíritu, casi parece incomunicable, intransferible, si se pretende hacerlo dando cabal noción de una realidad inolvidable. Con todo, en mis amigos, cercanos y lejanos, que no lo conocieron, yo he visto y veo la emoción de quien sabe, por constantes referencias de compañeros y discípulos del maestro, que Henríquez Ureña era lo verídico. Esto en cierta medida nos consuela de aquel silencio que lo rodeó en vida. Y nos confirma en el convencimiento de que el espíritu todo lo sobrepasa.